

humanas y sociales. Se trata de un episodio más de las relaciones –a menudo tortuosas– entre política y cultura. El trabajo de Josetxo Beriain, bien informado al respecto de las más eminentes tradiciones sociológicas, es un buen instrumento tanto para clarificar el marco teórico desde el que es abordable el problema de la identidad como para percibir las posibilidades –y dificultades– de la aplicación de tal marco teórico al caso vasco.

La dialéctica entre *identidad latente* e *identidad manifiesta* permite al autor acceder tanto a los estratos profundos del inconsciente colectivo como a la superficie política en la que se expresan los conflictos. Sugiere a la vez una dificultad y una posibilidad. La dificultad radica en la constatación de la “raíces profundas” de la discrepancia con respecto a la “identidad colectiva vasca (y navarra)”. La posibilidad pasa por asumir la necesidad de un diálogo cultural que ponga en cuestión las diferentes concepciones identitarias, las diferentes narraciones sobre las que se construye el “nosotros” como soporte de la identidad colectiva y de sus aspiraciones, demandas y exigencias políticas.

La lectura del libro es estimulante. Invita a pensar y a interpretar el problema, quizá no tanto como una sustitución que permite articular los planos sobre el eje pasado/futuro, sino como una pseudomorfosis : en la línea de Ortiz-Osés, como una convivencia trágica –a menudo agónica– entre una identidad matriarcal y una identidad patriarcal *entre* las que es preciso introducir una instancia simbólica de mediación de carácter fratriarcal : o una mediación personalista *entre* comunalismo e individualismo.

Patxi Lanceros



ESCRIVÁ, María Angeles

El camino de vuelta : la larga marcha de los reinsertados de ETA

Madrid : El País Aguilar. - 410 p. : il. ; 24 cm

ISBN: 84-03-59378-3

El libro se estructura en cuatro partes. Una primera de precedentes hasta la Transición. Una segunda de 1980/1988 que subtitula como “razones humanitarias” en la que, según avanzan las páginas y una vez descritas las negociaciones Bandrés-Rosón y las iniciativas de Azkarraga, el relato va adquiriendo una fiera paralela a la que supusieron los asesinatos de Yoyes y Solaun. En la tercera parte desaparecen las razones humanitarias y los derechos humanos tanto de las cárceles como del análisis, bajo el manto de lo que la periodista subtitula como “Estrategia (1989-1996)” y que llega hasta el presente. No sería sino el eufemismo de una política de quiebra de voluntades y de daños a ETA; una guerra en la que todo vale. Se describen las fases de las estrategias de Asunción y de Belloch. En el epílogo tras un relato hostil sobre la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento Vasco, se lisonjea a Mayor Oreja por su firmeza en los tres últimos años y se termina denostando a los partidos políticos por no estar a la altura de las circunstancias del servicio al Estado.

Posiblemente sea un problema de prejuicios atávicos pero, de inicio, a uno se le tensaron todos los circuitos cerebrales al tener entre manos un libro sobre ETA, publicado por El País,

de una periodista de la SER especialista en información de Interior y que tenía a gala que lo prologaran nada menos que cuatro históricos responsables de Interior (Asunción, Belloch, Atutxa y Mayor Oreja).

Salvando a Atutxa que en su prólogo se remite a la ley y a la misión rehabilitadora de la Justicia, los prólogos de los Ministros no tienen desperdicio. Aparece la franqueza utilitarista de quien como Asunción puso en marcha la dispersión e identifica un derecho constitucional del delincuente como es la reinserción (artículo 25) con la política para propiciar “deserciones de ETA”. O el sarcasmo insufrible de Belloch cuando, refiriéndose a la dispersión, dice que “el mandato constitucional obliga a su alejamiento de un ambiente nocivo para su reinserción”. O el cinismo de Mayor Oreja que quiere pasar como un puro tema de aplicación legal individual y en función del penado lo que ha sido una política general antiterrorista y de orden público.

Ya el subtítulo es llamativo por su desenfoque. Entiende como larga marcha, no los problemas políticos de una comunidad sino la reinserción misma, lo que es un sinsentido salvo desde la perspectiva del funcionario especializado en un tema. Y, además engaña. No es un libro sobre la reinserción sino sobre cómo el Estado quiere derrotar al enemigo en el frente de las cárceles. No hay ningún relato sobre la vida en las cárceles, ni sobre la vida de los ex-presos en la calle.

Las alarmas se destensan en la primera mitad del libro en la que se describen los complicados procesos de excarcelación negociada de miembros de ETA que protagonizaron primero Bandrés y, luego, Azkarraga. Se describe someramente la primera amnistía de julio del 1976 y la de marzo del 77 que, producida justo antes de la primeras elecciones de 1977, incluyó la peripecia de los “extrañados” apareciendo y desapareciendo de los escenarios de los mítines. El punto de vista de la autora sobre esa época es el de Suárez y Bandrés, en un correcto relato de los problemas de los interlocutores respecto a los intereses que representaban.

Tras la vuelta a las armas de poli-milís y milís, se relata la reapertura de las negociaciones vía Bandrés con Rosón respecto a los “séptimos” y que culminaron en 1982. En el capítulo quinto, el más útil del libro, se relatan algunas de las poco conocidas iniciativas de Azkarraga como parlamentario del PNV, y tras la escisión, de EA en relación a los “octavos” –los poli-milís que rechazaron la vía Bandrés- y presos separados de la disciplina de ETA militar o de los Comandos Autónomos Anticapitalitas. Aparecen sus dificultades con la administración socialista, la arrogancia de Ramón Jauregui que explicita que el tema de los presos no es un tema humanitario o las maniobras de Vera y Barrionuevo en relación a la “lista de los 43”...

A partir de la mitad del libro las alarmas se disparan alocadas. Acabado el relato de los trágicos asesinatos de Yoyes y Solaun se quiebra el ánimo abierto de la autora. En la página 161, el libro cambia radicalmente de tono y discurso. La autora toma partido de forma compulsiva y pierde distancia. Su propio punto de vista se mimetiza con el del Gobierno. Sorprendentemente atribuye a ETA más éxitos en el frente de las cárceles de los que realmente ha tenido. Ya se sabe que engrandecer al enemigo da más bula para endurecer las respuestas, por lo que apunta algunas críticas a las vacilaciones del Ministerio e Instituciones Penitenciarias, o a los partidos por no estar más unidos. A la periodista le gustan las decisiones resolutivas del tipo de Asunción o Mayor Oreja. Los dos últimos párrafos del libro son un lamento por la falta de unidad de los demócratas o por el incumplimiento del mandato popular antiterrorista de julio del 97.

El libro, a pesar de su carácter descriptivo y periodístico, está contaminado en sus mensajes e incurre en notorias amnesias, convirtiéndose en un medio más de la lucha contra ETA. Por ejemplo, a estas alturas del conocimiento del caso GAL describir que los cuatro pilares de la política de Barrionuevo fueron la colaboración internacional, la acción policial, la

colaboración entre partidos y la reinserción –rasgos que encajarían más en la política de Belloch/Robles- es ya escribir al dictado. Quien pasa a relatar los procesos ya no es una periodista sino el Ministerio mismo, e incluso sus cloacas, por mano de una periodista que pierde los papeles, la deontología y el oficio.

Según van pasando las páginas el relato se militariza, el ángulo de la mirada va ganando en crueldad. Aparecen como naturales las tretas y engaños a costa de los presos-personas que desaparecen del relato para existir sólo como presos-terroristas a manipular o castigar. Ni un comentario sobre el sufrimiento ni las celdas de castigo; nada sobre el régimen penitenciario, ni los familiares. Se describen sin ningún comentario crítico la intervención de correspondencia, las grabaciones en locutorios, la publicación en prensa de cartas íntimas, o los números humillantes de arrepentimiento ante las cámaras.

La reinserción –un enfoque discutible para delitos de motivación política- no la concibe siquiera como recuperación de personas presas sino sólo como conveniencia, como “estrategia” del Estado, y a la que ETA respondió desde la cruel y numantina estrategia de no solicitar beneficios penitenciarios, con el castigo añadido de años de prisión que ello ha supuesto para muchos presos.

La autora no cree en terceros grados ni reinserciones porque los presos jamás podrían pagar su deuda. Además les regala el premio del desprecio a quienes optaron por la negociación de su situación. Asoma así la otra cara de los triunfos políticos miserables tanto del Ministerio como de ETA. Si ésta última, a quienes sin delación alguna quisieron reducir su pena, ha tratado como “traidores” o “arrepentidos”, condenándolos al ostracismo en su regreso a los pueblos, el Ministerio en la guerra larvada de ese fin del mundo que son las cárceles se construyó un territorio perverso de juego, jugando con lo único que le queda a quien estaba privado de libertad: la capacidad de opción, la autoestima, la conciencia, la dignidad...

Como periodismo de investigación el libro deja todo que desear. Se ha hecho con mucho material puesto a su disposición por el Ministerio y con entrevistas con unos pocos protagonistas políticos o ministeriales. No hay entrevistas con presos –el sujeto del que se habla-, no parece que haya realizado un mínimo de observación paseando por las cárceles para conocer algo del mundo que describe, ni ha debido leer trabajos sobre la reinserción pues ni siquiera se alude a bibliografía alguna. Es un relato de buenos (Ministros, Bandrés.), buenos en el bando equivocado (Azkarraga, séptimos,...) y malos (ETA y todos sus presos, HB). No es esto lo que enseñamos en las Facultades de Ciencias de la Información, creo.

La autora se incapacita así para entender el propio tema que trata. No se ha tomado el esfuerzo de preguntarse por los problemas de fondo, todo lo que rodea a la cuestión vasca. No puede contextualizar las decisiones de los actores ni entender el por qué de las fases de evolución en la situación carcelaria. Tampoco puede ofrecer más salidas que la guerra política y la derrota del contendiente. La historia, felizmente, no se está escribiendo ya así.

Aunque siempre se aprende algo con el acceso a algunos datos desconocidos y con el masaje de nuestra memoria, es un libro fallido. En mala hora el bueno de Azkarraga le animó –según dice María Angeles Escrivá en los agradecimientos- a escribir este libro, que lo mejor que tiene es que deja pendiente el trabajo de un relato serio y distante sobre las cárceles de la democracia. Un libro que, por su unilateralidad, es recomendable sólo a tertulianos que quieran destacar por los vastos conocimientos a los que nos tienen acostumbrados sobre el tema que les da de comer, mientras realizan el milagro cotidiano de distanciar con información-basura la opinión pública española respecto a la vasca y de convertir las medias verdades en una gran mentira.

*Ramón Zallo*